

NERÓN FUE UN HÉROE

Era una tarde muy desagradable en la costa de Cornualles, sudoeste de Inglaterra. El viento soplaba con furia, caían rayos y se oía un trueno tras otro, pero sobre todo se oía el ruido de las olas.

Los pescadores de la aldea se habían reunido a la orilla del mar, porque hacía ya tiempo que se veía un barco que hacía señales de angustia. La tempestad lo había empujado hacia la costa, lo había hecho encallar entre unas rocas y parecía que pronto sería destrozado y todos los que estaban a bordo se ahogarían. Esto sucedía hace muchos años, y cerca de allí no había botes salvavidas. Procurar alcanzar al navío en peligro usando uno de los botes pesqueros, equivalía a una muerte segura.

Cuando los espectadores creían que ya no había esperanza de salvar a los náufragos, se vio que apresuradamente llegaba un caballero a la playa, acompañado de un hermoso perro Terranova.

-¡Dadme una cuerda! -gritó.

Se le entregó lo que pedía. La desenrolló y, poniendo un extremo en la boca del perro, le dijo: -¡Búscalos, Nerón! ¡Búscalos! El perro se lanzó valientemente al agua y nadó hacia el barco encallado. Pero, a pesar de todo, no pudo acercarse lo suficientemente como para que algún tripulante alcanzara la soga. El oleaje del mar embravecido se lo impedía.

Transcurrieron algunos momentos de angustia.

Entonces se vio que un tripulante arrojaba una soga al perro. El inteligente animal abandonó la que tenía en la boca y se apoderó del cabo que le había sido lanzado desde el barco. Acto seguido se dirigió hacia la orilla. Cuando, cansado y jadeante, el perro pisó tierra firme, fue recibido con una aclamación entusiasta. Los hombres que estaban en la playa tomaron la soga que Nerón había traído y por ella enviaron otra más gruesa, a los desdichados tripulantes y, gracias a este cabo más grueso, todos pudieron llegar a tierra firme sanos y salvos. Los náufragos pronto estuvieron en hogares abrigados pues había muchas personas deseosas de ayudarlos en esos momentos de penuria y necesidad; y en el corazón de todos los presentes estaba Nerón.

Nerón fue el héroe del día, y hasta hoy los pescadores de Cornualles relatan su historia con orgullo.

NIBALDO COMPARTE SU FE

Por Mildred M. Belmar (Esposa del director de los Deptos, de Escuela Sabática, Actividades Laicas y Mayordomía de la Misión del Norte de Chile)

Hoy quiero hablarles del desierto que está en el norte de Chile. ¿Saben lo que es un desierto? Es un lugar donde no hay árboles, ni animales, ni aves. Hay solamente arena y piedras, piedras y arena...

¡Allí no llueve nunca! Lo único que tienen de vez en cuando es un poco de neblina.

El agua es muy escasa, y no hay huertas ni jardines. Lo único de lo cual los niños oyen hablar es de minerales: cobre, salitre y hierro, porque sus padres son casi todos mineros.

Es muy triste vivir en esas condiciones, pero Jesús ama a los niños allí como los ama a Uds.

Si tienen un mapa de la América del Sur, encontrarán en él un país angosto que se llama Chile. Y si observan cuidadosamente, verán un lugar llamado Antofagasta, y ésa es la ciudad donde vive Nibaldo.

Nibaldo asiste a una de las tres iglesias del puerto de Antofagasta. Tiene catorce años y no hace mucho que fue bautizado con sus padres.

Después de un tiempo se le ocurrió una idea para ayudar a otros niños a conocer a Jesús. Su casa tiene una sala grande, de modo que le pidió a sus padres si podía usarla el sábado de tarde. El había invitado a sus amigos y compañeros de juego a la iglesia, pero sólo lo habían acompañado unas pocas veces. De modo que ahora los invitó a ir a su casa el sábado de tarde para aprender a cantar y para escuchar historias.

Entonces Nibaldo se dio cuenta que no tenía material, ni láminas, ni franelógrafo. De modo que habló con sus maestras de la escuela sabática, y ellas le permitieron usar las láminas y el material de la escuela sabática.

El primer sábado la sala de Nibaldo estaba llena de niños. ¡Ni siquiera quedaba lugar para personas de pie! Nibaldo estaba un poco asustado al ver el gran número de niños que había acudido. Pero Jesús lo ayudó, y se animó. Les enseñó coritos, y luego les contó una historia. Los niños se sentían muy felices, y también lo estaba Nibaldo al ver que su primera escuela sabática filial había comenzado con éxito.

Las reuniones todavía continúan todos los sábados de tarde en la sala de Nibaldo, donde se reúnen treinta niños cada sábado. Nibaldo le da a cada niño una hoja de papel con un versículo de la Biblia y parte de una historia bíblica para estudiar, porque no tiene El Amigo de los Niños para entregarles. El sábado siguiente les toma una prueba, para ver cuánto han aprendido, y les da una nota.

Nibaldo se siente muy feliz trabajando en la escuela sabática filial. A Jesús le agrada también verlo trabajar en favor de otros niños. Cada uno de nosotros tenemos algún talento que podemos usar para Jesús. ¿Te gustaría a ti hacer algo para él? Tú puedes visitar a un niño enfermo y orar por él. Puedes relatarle la historia de Jesús a alguno de tus amigos. Quizás puedes celebrar una escuela sabática filial en tu vecindario.

Nibaldo está compartiendo su fe con sus compañeros y Jesús bendice su trabajo. En un bautismo reciente tuvo el gozo de ver a uno de sus amigos entregar su vida a Jesús, y ser bautizado.

NICANOR Y LAS MANZANAS

Asomándose a la puerta de la cocina con una fuente grande en las manos, la Sra. Mejía llamó a su hijo:

-¡Nicano o o or! ¡Necesito manzanas para algunos pasteles!

Antes que terminara sus explicaciones, Nicanor ya estaba a su lado esperando que le diera la fuente.

-Por favor, Nicanor -añadió su madre-, junta únicamente las que hayan caído al suelo. Llena la fuente de modo que tenga suficiente fruta como para hacer cuatro pasteles.

-¡Cuánto me gusta el pastel de manzana! -exclamó Nicanor mientras corría hacia los árboles frutales.

Sin embargo, había una duda en la mente del muchacho, y mientras se dirigía hacia los manzanos se preguntaba:

-¿Por qué mamá me habrá pedido manzanas como para cuatro pasteles? Hoy es lunes..., la tía Berta y el tío Juan no vendrán hasta el jueves que es el día cuando se inicia la exposición.

Mientras iba pensando así, Nicanor llegó al árbol favorito de su padre y allí vio las mejores manzanas de la región, manzanas que su padre presentaba en la exposición todos los años y que le aseguraban el primer premio. Eran realmente unas manzanas hermosísimas, y mientras Nicanor las miraba con ojos hambrientos, parecían agrandarse y tornarse cada vez más rojas.

-Seguramente papá no se dará cuenta si me como una, o dos, o tres..., tal vez cuatro -pensaba Nicanor-; sin embargo, me dijo que no las tocara, y yo prometí obedecerle.

Cuando casi se había convencido de que realmente era mejor dejar esas manzanas tranquilas y resignarse a comer las que habían caído al suelo, una nueva tentación se apoderó de él y esta vez lo venció. Nuestro amiguito Nicanor se decía:

-Al fin y al cabo son mucho mejores que las que están en el suelo... Arrancó dos o tres manzanas del árbol, mientras juntaba las del suelo y llenaba la fuente como su madre le había pedido.

Miró en derredor suyo, no vio a nadie y siguió mordiendo las manzanas con grandes bocados. Sin embargo, por una razón u otra no le parecían tan sabrosas como en las ocasiones cuando su padre se las daba al final de la exposición después de haber ganado los premios.

Cuando tuvo llena la fuente, la llevó a su madre, que estaba en la cocina; pero, al subir los escalones de la puerta de atrás, le pareció oír voces conocidas. Se arrimó a la puerta, espío, y, efectivamente, ¡su padre estaba allí!

El papá de Nicanor había salido de viaje y no esperaba estar de regreso en casa hasta el día miércoles, pero he aquí que el lunes ya estaba de vuelta. Desgraciadamente no fue una sorpresa muy agradable para Nicanor.

-Estoy verdaderamente orgulloso de ti, Nicanor -dijo el padre cuando el niño entró en la cocina- Mamá me ha dicho que te has portado muy bien, que has cortado el césped y que has quitado las malezas de la huerta. Todo esto me alegra mucho. ¿Cómo están esas manzanas especiales para la exposición? Dejaré las mejores en el árbol hasta pasado mañana, cuando las arrancaré y prepararé para presentarlas en la exposición.

Al decir estas palabras el padre de nuestro amiguito se encaminó hacia sus manzanas, luego de haber invitado al niño que lo acompañara. Pero los pies de Nicanor se hacían cada vez más pesados, y se movían más lentamente que los de su padre. A los pocos pasos el padre se dio vuelta para buscar a su hijo y, viéndolo que se quedaba rezagado, le preguntó:

-¿Qué pasa, hijo?

Por toda respuesta Nicanor sacudió su cabeza negativamente. Cuando llegaron al árbol de las manzanas favoritas, el padre de Nicanor se detuvo sorprendido. Observó las ramas que tenía directamente delante de sí, y luego miró alrededor del árbol inspeccionando cuidadosamente las ramas en busca de las manzanas. Pero, por más que las buscaba, no las podía hallar.

-¿Qué ha pasado con mis mejores manzanas? ¿Qué ha pasado con las manzanas que quería llevar a la exposición? ¿Ha habido otras personas cerca de este árbol, aparte de mamá, abuelita y tú?

Todas estas preguntas contestó Nicanor en silencio, apenas moviendo su cabeza de un lado a otro. - Entonces..., ¿será posible que? ¿Sabes, Nicanor, en qué estoy pensando?

-Yo... yo... las... comí... , papá -atinó a decir Nicanor, mientras muy turbado se empeñaba en cubrir los dedos de sus pies descalzos con el polvo de la huerta.

-Pues entonces este año no ganaremos ningún premio -dijo el papá- Hay otros granjeros que tienen manzanas tan buenas como éstas que quedan. Las nuestras ya no son las mejores. Oye bien, Nicanor; lo que te voy a decir es importante para ti. El dinero que pensaba ganar este año con los premios lo iba a destinar para que hicieras un viaje a la casa del tío Juan y la tía Berta. Ahora, como no hay premio, no habrá viaje a la casa de los tíos.

-¿No sirven las manzanas que quedan?

-No, Nicanor. De ninguna manera.

Nicanor hundió su rostro entre sus brazos apoyados contra el árbol, llorando desconsoladamente. Su padre se retiraba hacia la casa, pero después de unos pocos pasos se dio vuelta y habló cariñosamente a su hijo:

-Nicanor, tú no has obedecido. Tendrás que recordar que "el camino de los desobedientes es duro". Sin levantar la vista, Nicanor asintió con la cabeza, y tristemente se fue hacia la casa.

Si no hubiera comido esas manzanas, al día siguiente de la exposición, habría podido viajar en el tren con el tío Juan y la tía Berta. ¡Qué linda vacación se había perdido!

Mientras se secaba las lágrimas con las mangas de su camisa, se repetía, murmurando:

-Los caminos de los desobedientes siempre son duros. -y añadió en voz más alta:- Sí, me parece que ahora lo sé; jamás lo olvidaré.

Y en verdad Nicanor no olvidó el resultado de su desobediencia. Le quedó bien grabada la lección.

NIG Y TUT

Nig fue premiado con una medalla por haber salvado a Tut.

Esos dos perros vivían en una accidentada región campestre cerca de Auburn, California. La historia de la medalla de Nig comienza el día que los dos perros estuvieron cazando en las proximidades de una antigua mina. Ambos gustaban inmensamente de la vida al aire libre, especialmente cazar en los cerros.

Un día, a comienzos de la primavera, Nig volvió solo de la cacería. Los muchachos, Billy y Hudson, silbaron llamando a Tut, pero Tut no apareció. Pasaron una semana triste. Nadie lo había visto y nadie sabía nada respecto de Tut. Los muchachos fueron a la casa de Nig, y su dueño les contó que el perro se estaba comportando desde hacía varios días de una manera muy extraña.

Salía por la mañana muy temprano y sólo regresaba muy tarde por la noche, agotado, con las patas heridas y en malas condiciones.

Entonces, Billy y Hudson lo llamaron, y Nig pareció entender lo que ellos querían, porque salió rengueando en dirección a los cerros, seguido por los chicos.

Al avistar la vieja mina, Nig, olvidando que tenía las patas heridas, corrió adelante tan rápido que los muchachos lo perdieron de vista. Pero finalmente lo encontraron en la mina abandonada, cavando frenéticamente la tierra llena de piedras. Observaron que había habido una capa de tierra y piedras, muy espesa y dura, pero que ahora había apenas una carnada fina. Billy y Hudson consiguieron quebrarla en pocos minutos. Y allí estaba Tut, con mucho miedo y mucha hambre, pero todavía pudiendo ladrar de alegría por ser librado.

Entonces la historia quedó clara para los muchachos. Tut había quedado preso por causa de un desmoronamiento, mientras cazaba algún animal en el viejo túnel, y el bondadoso Nig había pasado varias semanas cavando entre la tierra y las piedras que habían aprisionado a su amigo. Por ese acto heroico Nig fue premiado con una medalla de oro.

NIÑO PREDICADOR

Cuando el señor Rodríguez abrió la puerta de su casa, se sorprendió al encontrar a un niño pequeño allí. -Buenos días -dijo el niño-. Me llamo José, y me gustaría hablarle de Dios. Él es todopoderoso, cambió mi vida y puede cambiar la suya, también.

El niño invitó al señor Rodríguez a aceptar a Jesús y a asistir a la iglesia.

El señor Rodríguez no fue el único que escuchó a José ese día. El chico continuó avanzando por la cuadra, yendo de puerta en puerta, hablando a otros acerca de Dios y de la segunda venida de Jesús. A veces, cantaba una canción o recitaba algún versículo de la Biblia.

José no tenía miedo de ser demasiado pequeño; de hecho, comenzó a predicar pequeños sermones cuando tenía 4 años de edad. Incluso, había hablado delante del gobernador y de otros funcionarios de gobierno, en un banquete especial.

El profeta Jeremías, por otro lado, pensaba que era demasiado joven para predicar la Palabra de Dios.

Cuando Dios lo llamó para que fuera profeta, Jeremías pensaba que no podía hacerlo. ¿Y si la gente no lo escuchaba o no lo tomaba en serio?

La Biblia describe cómo se preocupaba porque no sabía si tenía lo que hace falta para hablar a favor de Dios. "Yo le respondí: '¡Ah, Señor, mi Dios! ¡Soy muy joven, y no sé hablar! Pero el Señor me dijo: 'No digas: "Soy muy joven", porque vas a ir adondequiera que yo te envíe, y vas a decir todo lo que yo te ordene. No le temas a nadie, que yo estoy contigo para librarte'. Lo afirma el Señor".

Ya ves, Dios puede utilizarte, ya sea que tengas 4 años, 94 o cualquier edad que sea. No pienses nunca que eres demasiado joven para compartir el mensaje de Dios con otros. Habla a favor de Dios. Él promete estar contigo.

Por Helen Lee Robinson

NIÑOS SALVADOS POR UN ELEFANTE

Tal vez hayas oído muchas historias sobre la inteligencia y la sabiduría de los elefantes. Recuerdo haber escuchado la historia de Old Soup (Vieja Sopa), curioso nombre de un elefante que vivió durante mucho tiempo cerca del Río Ganges, en la India. Old Soup trabajaba con muchos otros elefantes y algunos soldados, cargando un barco con sacos de arroz. Todos los elefantes pertenecían al Mayor Daly, el oficial que comandaba a aquellos soldados

¡Esta historia ocurrió cuando Old Soup ya había cumplido 100 años de edad! Mientras los elefantes marchaban, uno detrás del otro, y dejaban al lado del barco los sacos de arroz, los hijitos del Mayor Daly (un niño y una niña) estaban allí cerca observando el trabajo de aquellos animales. ¡De repente, uno de los elefantes comenzó a arrojar sus sacos de arroz al río! Al instante, el Mayor Daly entendió que aquel elefante había enloquecido. El animal mató rápidamente al hombre que lo dirigía, y entonces corrió hacia donde estaban los niños. Aterrorizados, corrieron precipitadamente junto con su niñera tratando de entrar en la casa.

Qué hubiera sucedido si ellos no hubieran sido ayudados, nadie puede decirlo; pero, afortunadamente, Old Soup estaba allí.

Cuando vio que el elefante enloquecido corría detrás de los niños, arremetió violentamente contra él y luchó con el monstruo hasta verlo derribado y muerto.

Fue una lucha terrible, que duró más de una hora.

Aunque Old Soup fue el

vencedor, quedó con muchas heridas como recuerdo. Tenía cortes profundos en las orejas, la cabeza estaba muy herida y uno de sus colmillos había sido arrancado; pero había salvado la vida de los hijos de su dueño. No es de extrañar que después de un acontecimiento tan emocionante, Old Soup se transformara en la mascota de la familia. Pero llegó a ser más que una mascota.

Servía a la familia como paje de los niños, pues muchas veces los llevaba en su lomo de paseo o a jugar al aire libre. El Mayor Daly siempre decía que prefería confiar sus hijos a Old Soup que a muchos pajes hindúes.

A aquel viejo y sabio elefante le gustaba ayudar a los niños y atrapar peces en el Río Ganges. Jim, el hijo mayor, colocaba la carnada en el anzuelo, y después sacaba el pez del anzuelo; pero el viejo compañero hacía el resto. Y ningún pescador se sentía más feliz al recibir su bocado que Old Soup. Pero, ¿no te parece que aquel elefante merecía un nombre más bonito?

NO HURTARÁS

Luis XIV, rey de Francia, tenía un ministro, cuyo nombre llegó a ser célebre en todo el mundo; se llamaba Colbert. Era hijo de gente humilde. Su familia, tras muchas desgracias, logró salir de apuros empleando a Colbert como dependiente en la tienda de un comerciante llamado Certain. Este contaba entre sus clientes a los más ricos de la ciudad. Una tarde el patrón mandó a Colbert con tres piezas de género a un hotel donde se alojaba cierto banquero llamado Cenani, quien necesitaba comprar telas.

-Colbert -le dijo el patrón-, esta pieza marcada con el número 1 se debe cobrar a razón de 6 libras la vara; la número 2, a 8; y la número 3, a 15 la vara. No se equivoque y haga que le paguen al contado.

Acompañado de un mozo de la tienda que tenía que llevar las piezas, Colbert llegó al hotel y pidió permiso para hablar con el banquero Cenani. Al ser admitido, le mostró las piezas de género. El banquero eligió la que más le agradó, diciendo: "Esta me gusta. ¿Cuántas varas tiene?"

-Treinta varas, señor. -Entonces me quedaré con ella. ¿Cuál es el precio?

-15 libras la vara, señor.

-Así que, 30 por 15, son 450 libras -dijo el banquero. Sacó el dinero y lo contó delante de Colbert.

-¿Quiere que mida la pieza para ver si son 30 varas? -preguntó Colbert. El banquero contestó:

-La firma Certain tiene fama de ser honrada, así que no es necesario. Colbert se despidió e informó más tarde a su patrón del resultado. Apenas hubo llegado a la tienda, el mozo empezó a reír diciendo: "¡Que linda equivocación!" El patrón gruñía entre dientes:

-Si ha cobrado de menos, se lo descontaré del sueldo.

-No es necesario -dijo el mozo-; ha traído de más, y bastante. ¡Vendió la pieza de 8 a 15; mire señor! El patrón vio que era así, se puso contento y dijo a Colbert:

-Ha hecho un negocio excelente: 210 libras de beneficio.

-Esto no puede quedar así -balbuceó Colbert; pero el patrón le interrumpió diciendo:

-No se aflija, Ud. participará de la ganancia; no tenga miedo, que no me quedaré con todo. Colbert se contuvo con dificultad y luego dijo: "¡No, señor! ese dinero no es mío ni suyo, y lo devolveré en seguida al Sr. Cenani". Y sin prestar atención a los insultos del patrón corrió al hotel y pidió hablar de nuevo con el banquero. Este estaba ocupado en ese momento, pero Colbert, a riesgo de ser echado a la calle, entró sin permiso y le anunció su equivocación. El banquero lo miraba con extrañeza, mientras Colbert contaba delante de él el dinero que había recibido de más.

-Bien, podrían haberse guardado ese dinero -dijo el banquero-, pues yo no me hubiera dado cuenta del error.

-No deseo tener dinero ajeno, señor, prefiero ser honrado.

-¿Y si yo le diera ese dinero en recompensa por su honradez?

-No lo aceptaría, señor. No tengo el menor derecho de poseerlo, y el hecho de que yo haya traído de vuelta su dinero no es más que mi deber.

El banquero le preguntó su nombre y dirección y lo dejó ir. Al llegar nuevamente a la tienda fue recibido con poca bondad por su patrón, quien lo trató de tonto y le dijo que nunca iba a progresar, porque no comprendía lo que le convenía. Al pensar en el negocio que se le había malogrado por causa de Colbert el patrón se enojó tanto que lo despidió inmediatamente. Con lágrimas en los ojos Colbert contó a sus padres lo que había pasado. Estos quedaron bastante sorprendidos cuando les comunicó que había sido despedido, pues estaban felices de que su hijo ganara algo para ayudarles. Pero ambos padres estaban de acuerdo en que su hijo había obrado bien, aunque no estaban muy contentos de que hubiera quedado cesante. Parecía que la honradez les había causado una nueva desgracia, pero antes de la noche Dios había cambiado la situación. Alguien llamó a la puerta, y al abrirla, vieron que un señor bien vestido bajaba de un lujoso coche. El gran señor entró y resultó ser nada menos que el banquero Cenani.

-Juan Bautista Colbert es hijo de Uds., ¿verdad?

-Sí, señor, es nuestro hijo mayor.

-Los felicito por tener un hijo como él. ¿Está empleado en la tienda de Certain?

-Allí estaba, pero ha sido despedido.

-¿Seguramente en relación con el asunto de esta tarde?

-Sí, señor.

-Entonces mis informes resultaron exactos. Yo venía a hacerles la propuesta de que Juan Bautista viniera a trabajar en nuestra oficina en París. ¿Qué les parece? Naturalmente, la propuesta fue aceptada de todo corazón, y el joven Colbert fue instruido en los negocios del banco. Desde el principio gozó de la mayor confianza, y como nunca diera motivo para que se dudase de él, fue puesto al tanto de todos los manejos del dinero. Cuando Luis XIV buscaba un ministro de hacienda, se le recomendó a Colbert, y el poderoso soberano lo elevó al cargo más alto del estado.

NO PASARON HAMBRE

Por **EDA REID**

EL SR. Y LA SRA. LARKIN vivían con sus niños entre las colinas arenosas de Nebraska, un estado de los Estados Unidos. Una mañana después del desayuno la Sra. Larkin le dijo a su esposo:

-Esta mañana usé la última harina que tenía.

El Sr. Larkin sabía que ya no había dinero para comprar más harina. La Sra. Larkin también lo sabía.

Ambos sabían también que para la siguiente comida habría muy poco, porque en la casa ya casi no tenían nada. Ese verano el trabajo había sido muy escaso, y ya habían gastado el dinero que el Sr. Larkin había ganado. Mientras la Sra. Larkin lavaba los platos, hacía las camas y cuidaba de los niños, oraba. Le pedía a Dios que ayudara a su esposo a encontrar trabajo de modo que pudieran comprar alimento.

El Sr. Larkin no sabía qué hacer, pero fue al galpón y ensilló uno de los caballos. No sabía adónde ir, pero cruzó la pradera. Cuando llegó a una loma, se detuvo y se sentó allí para pensar y orar. Desde ese lugar vio allá lejos en el campo al Sr. Grant, el dueño de la tienda, que estaba cargando una carrada de heno.

Ahora el Sr. Larkin sí sabía qué hacer. Dirigió su caballo hacia donde estaba el Sr. Grant. Este detuvo los caballos del carro.

-Sr. Grant, Ud. no tiene necesidad de llevar esa carrada de heno -le dijo el Sr. Larkin-. Yo necesito trabajo. ¿No me permitiría acarrearle el heno?

El dueño de la tienda pensó un instante. En la tienda había trabajo que lo estaba esperando, pero este trabajo del heno tenía que hacerse. Mirando entonces al Sr. Larkin le dijo:

-Ud. puede tener el trabajo, pero el pago de la primera carrada tendrá que recibirlo en mercadería.

-Está bien. Estaré aquí tan pronto como vaya a casa y consiga el carro -dijo el Sr. Larkin y rápidamente se dirigió a caballo hacia su casa. Fue camino ofreció una oración de gratitud a Dios.

Al llegar a la casa les puso los arneses a los caballos y los ató al carro. Después de llevar la primera carrada, fue a la tienda y consiguió tantos comestibles como su trabajo se lo permitió.

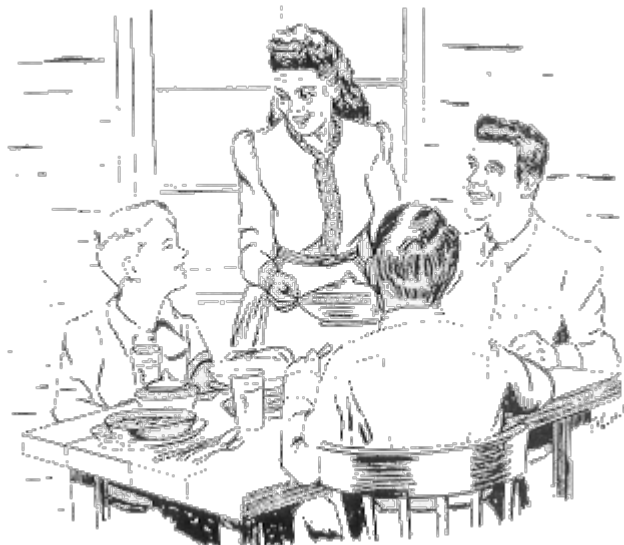
-Aquí está tu harina -dijo entrando en la cocina y poniendo sobre la mesa varios paquetes con alimentos. La Sra. Larkin se sorprendió.

-¿Dónde conseguiste todo esto?

El Sr. Larkin le contó entonces lo que había ocurrido con el Sr. Grant y cómo éste le había dado trabajo.

-El primer pago lo tuve que cobrar en comestibles.

-Yo oré para que encontraras trabajo -dijo la Sra. Larkin y comenzó a desempaquetar el alimento-. Dios ha contestado más abundantemente de lo que podíamos pedir o pensar.



NO PUDO TERMINAR SU ORACIÓN

Por **Florencia Carison**

Celia extendió la mano para alcanzar el frasco que estaba en el segundo estante del aparador, el frasco que tenía chocolate rallado. Ya casi podía saborear los pedacitos de chocolate, derritiéndose en la boca. ¡Y había tantos! La mamá nunca echaría de menos si ella sacaba unos pocos. Destapó el frasco. La mamá le había dicho a Celia que nunca se sirviera alimentos sin pedir permiso. Pero la mamá no estaba en la casa, de manera que eso era diferente... No había forma de pedirle permiso.

Celia tomó dos pedacitos de chocolate en su mano. ¡Ah!, ¡qué rico olían! Sólo los miraría por un ratito.

Pero de repente notó que tenía la mano pegajosa. Los pedazos de chocolate habían comenzado a derretirse. "Bueno -razonó Celia-, ahora no los puedo poner de vuelta. Tendré que comerlos". Los pedacitos de chocolate eran tan sabrosos como se lo había imaginado.

"Son tan chiquititos que mamá nunca se dará cuenta si saco unos pocos más. ¡Tengo hambre!" Y Celia volvió a meter la mano en el frasco y tomó varios más.

¡Ah! Estos parecían más ricos que los primeros. Celia probó otros pocos y luego otros pocos más. En eso recordó que la madre esperaba que ella hubiera terminado su media hora de práctica de piano cuando regresara de hacer sus compras. le echó una mirada al reloj. Ya había perdido diez minutos. Colocó de nuevo el frasco en el segundo estante.

"Practicaré hasta que mamá vuelva. Si viene antes de que termine no necesitaré decir cuánto tiempo estuve practicando", pensó Celia.

Ese día las manecillas del reloj parecían moverse muy lentamente. Y además, era como si el tic tac del reloj le estuviera diciendo: "Celia, robaste algunos pedazos de chocolate. Celia robaste algunos pedazos de chocolate. Celia robaste algunos pedazos de chocolate". Eso la molestaba tanto que deseó no haber abierto nunca las puertas del aparador. Además esa falta la había hecho empezar tarde su práctica de piano. Tenía la esperanza de no tener que decir una mentira acerca del tiempo que había estado practicando.

Pero la madre llegó a la casa con sus bolsas de provisiones antes de que las manecillas del reloj le indicaran a Celia que había pasado su media hora de práctica.

-¡Hola, querida! ¿Ya terminas con tu práctica? -preguntó la mamá-. Tan pronto como hayas terminado, quisiera que llevaras esta fruta a casa de la Sra. Anderson, que ha estado enferma.

Ahora, ¿qué debía hacer? ¿Debía dejar de practicar a las cuatro como solía hacerlo siempre, para no tener que explicar lo del chocolate que le había hecho empezar tarde la práctica? .Antes de que se diera cuenta había dicho:

-Sí, mamá, terminaré enseguida.

Esa era una mentira, pero le pareció mejor eso que confesar que había tomado algo que no le pertenecía.

Celia no se sentía feliz cuando se dirigió a la casa de la Sra. Anderson. Su conciencia la molestaba. En primer lugar, ¿por qué había comido los chocolates? Y además, ¿por qué le había dicho a su mamá una mentira en cuanto a la hora de práctica? Parecía como si una cosa mala se fuera apilando sobre la otra. La Sra. Anderson se sintió feliz de recibir la fruta. Celia se propuso ayudar a la Sra. Anderson a ordenar un poquito la casa. Arregló los libros de la biblioteca, desempolvó las sillas y la mesa de la sala.

-Gracias, querida -dijo la Sra. Anderson cuando Celia guardó el paño de desempolvar-. Dite a tu mamá que tiene una buena niña. No hay ahora muchos chicos a quienes les gusta ayudar a una anciana.

En su camino de regreso a la casa, Celia no se sintió tan feliz como creía que debía sentirse. Al fin y al cabo, el ayudar a la Sra. Anderson en realidad no cambió nada. Todavía se sentía culpable porque había abierto el aparador de la mamá sin permiso, y había mentido acerca de su hora de práctica.

Pero cuando el papá volvió a la casa y cenaron y luego lavaron los platos y jugaron uno o dos juegos, le



resultó más fácil olvidar lo que había hecho. Cuando se quiso acordar la mamá la estaba llamando: -Celia, es hora de ir a la cama. Tú y papá tendrán que dejar lo que les falta del juego para alguna otra oportunidad.

Celia le dio a su papá el beso de buenas noches y ascendió corriendo la escalera. Siendo que la mamá siempre iba a taparla y a acompañarla cuando hacía su oración, le daría las buenas noches más tarde. Después de bañarse, Celia se puso el pijama limpio que su mamá le había dejado afuera. .Ahora estaba lista para orar. "Querido Jesús -comenzó Celia-, perdóname si he hecho algo malo". De pronto se detuvo.

¿Cómo podía perdonarla Jesús? No hacía mucho su lección de la escuela sabática había explicado que "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados". Pero no decía nada en cuanto a ser perdonados si no confesamos.

La madre estaba escuchándola.

-¿Qué pasa, querida? -preguntó cuando Celia se detuvo.

-Oh, mamá, yo hice una cosa muy terrible hoy. Saqué unos pedazos de chocolate y perdí diez minutos de mi tiempo de práctica. Luego dejé de practicar a las cuatro como siempre lo hago, sólo para que no te enteraras de lo que había hecho.

La madre acarició la cabeza de Celia.

-Ahora ves lo que Satanás hace, ¿no es cierto, Celia? Teje una tela a tu alrededor para que después de haber hecho una cosa mala, no dejes de hacer lo malo. Generalmente, para cubrir la primera cosa mala que hacemos, se requieren una segunda y una tercera cosas malas.

-Lo sé -dijo Celia-. Ahora puedo terminar mi oración, mamá porque te confesé mi falta.

NO PUEDO RESPIRAR

Un hombre vivía solo en su casa de campo. Un día, comenzó a tener dificultades para respirar, y se encontró en grandes problemas. No tenía a nadie cerca, que pudiera ayudarlo. Si tan solo pudiera llegar hasta el teléfono y llamar pidiendo ayuda... Pero, el teléfono estaba demasiado lejos, y no tenía fuerzas para moverse.

El hombre miró a su alrededor, y vio un pedazo de cartón y una botella a su alcance. Quizá podría escribir una nota; pero ¿cómo lo ayudaría eso? Como no se le ocurrió ninguna otra idea, decidió intentar esta. “No puedo respirar, necesito ayuda”, escribió sobre el cartón. Luego, puso la notita dentro de la botella. ¿Y ahora qué? Viendo la ventana abierta, junto suficiente fuerza como para arrojar la botella afuera. Y luego se quedó allí, tirado, esperando y esperando, deseando que alguien viniera a rescatarlo.

No fue una persona la que encontró la nota, sino un perro, un border collie llamado Ben. El perro había estado trabajando con un pastor de ovejas, cuando repentinamente salió disparado. Unos minutos más tarde, volvió a su lugar con la botella. El pastor se sorprendió de que su perro le hubiera traído algo, pero tomó la botella y miró dentro. Allí, encontró la nota desesperada del hombre. El pastor hizo una llamada telefónica, y pronto una ambulancia llevó al enfermo al hospital.

Alrededor de nosotros hay muchas personas que están clamando: “No puedo respirar... ¡necesito ayuda!”; y nadie las oye. Quizá sea el chico de al lado, que se siente solo y no tiene amigos. Tal vez, sea el vecino del otro lado de la calle, que está sufriendo porque ha perdido a un ser querido. O acaso sea alguien que quiere conocer a Cristo.

Piensa en esto. ¿Qué puedes hacer para responder a sus pedidos desesperados? Dios quiere que te acerques a ellos, con los pies “calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz”.

Narrado por: Keii Johnson

"NO TENGO MÁS HARINA"

La señora Berg abrió la alacena y se dio cuenta de que se le estaba acabando la harina. Necesitaría más, para hacer pan.

-¿Podrías ir hasta el almacén, a comprar harina? -le pidió a su esposo.

Su esposo sacudió la cabeza. No era que no quisiera ir hasta el almacén; el problema era que no tenía dinero. Los Berg acababan de mudarse a un pequeño pueblo, y habían dejado atrás un buen trabajo como docentes, para poder venir a ayudar a la gente de este pueblo. Ahora, aquí estaban, sin harina y sin dinero para comprarla.

-Oremos sobre esto -sugirió uno de ellos.

Entonces, el señor y la señora Berg, y su pequeño hijo, pidieron a Dios que les proveyera de acuerdo con su necesidad. A la mañana siguiente, al levantarse, encontraron la respuesta a sus oraciones apoyada contra la puerta de adelante. Era una bolsa de harina; no un paquete pequeño, sino ¡cincuenta kilos de harina! Dios había respondido a sus oraciones. Había cumplido su promesa: "Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre".

Los Berg preguntaron en todos los almacenes, para descubrir quién les había llevado la harina. Hablaron con sus vecinos. Pero, nunca descubrieron de dónde había venido. Sin embargo, disfrutaron de muchas, muchas hogazas de pan.

Por Helen Lee Robinson

NO TORTA DE FRUTA PARA MI

Por *Moeita Burch*

NORBERTO se detuvo junto a las cestitas llenas de fresas que había en la esquina del mercado. Parecían deliciosas. Ese año todavía no las había probado.

- ¿Cuánto cuestan las fresas? -preguntó al empleado.

-Veinticinco centavos la cestita -replicó aquél.

"Oh, qué baratas -pensó Norberto-. Pero no tengo los veinticinco centavos, y mamá me dio el dinero exacto para comprar las aceitunas. Cómo me gustaría llevar a casa una cestita y darle una sorpresa a mamá".

En ese momento llegó a la caja una señora con un pan y una planta de lechuga. Mientras buscaba en su cartera para encontrar el dinero, se le cayó al suelo una moneda de veinticinco centavos que rodó hasta donde estaba Norberto. La moneda se detuvo justo frente a los pies de Norberto y éste rápidamente le puso el pie encima.

La mujer miró por todas partes buscando la moneda. "¿Dónde se fue?" preguntó. Norberto no se movió pero miró hacia los lados haciendo como que buscaba la moneda. Y hasta se agachó mirando en todas direcciones.

"Debe haber rodado para afuera" -dijo la mujer. Dos muchachitos salieron corriendo y miraron por todas partes, pero, naturalmente, no encontraron nada.

"Lo siento -dijo la mujer-. Ahora no tendré suficiente dinero para pagar. Tendré que hacer un cheque".

Mientras la mujer escribía el cheque, Norberto no se movió ni dijo una sola palabra. Después que la mujer hubo pagado sus mercancías y se hubo ido, él se agachó y rápidamente recogió la moneda. Se la puso en el bolsillo y fue a buscar las aceitunas. Luego se dirigió a las fresas y eligió una cestita. Tenía suficiente dinero para pagar ambas cosas.

Al salir del mercado, Norberto vio a la mujer que había perdido el dinero. Caminaba lentamente por la calle. "Me pregunto si ella realmente necesitaba ese dinero -pensó-. Estoy seguro que no lo necesitaba porque hizo un cheque por las cosas que compró. No habría podido escribir un cheque si no hubiera tenido dinero en el banco. Yo necesitaba ese dinero más que ella".

En camino a su casa, Norberto pensó en cuán sorprendida estaría la mamá cuando viera las fresas.

-¿Cómo te las arreglaste para comprar fresas cuando te di el dinero exacto para comprar aceitunas? -preguntó la madre cuando miró dentro de la bolsa del mercado.

-Es que encontré veinticinco centavos en el suelo del mercado -respondió él.

-¿Pero no le preguntaste al empleado si alguien había perdido dinero? No está bien guardarse cosas que uno encuentra a menos que sea imposible hallar al dueño -dijo la madre.

-Hay tanta gente en ese mercado todo el día -arguyó Norberto-. Cualquiera puede dejar caer una moneda.

-¿Había mucha gente en el mercado cuando estabas allí? -preguntó la mamá.

-No -respondió Norberto-. Había dos muchachitos, pero no compraron nada. Había una mujer pero ella escribió un cheque para pagar lo que compró. El empleado le dio cambio y ella lo puso en su cartera. Ella no dejó caer el cambio.

Norberto no mencionó por qué la mujer había extendido el cheque.

De repente Norberto no se sintió muy bien. Había tergiversado muchas cosas para evitar decir una mentira. "¿Pero no es eso también mentir? -pensó-. Yo estaba representando una mentira y eso es tan malo como decirla".



Recordó entonces el versículo de Proverbios que había aprendido en la escuela sabática. Ese pasaje dice: "Los labios mentirosos son abominación a Jehová". Además era ladrón. Había quebrantado el mandamiento que dice: "No hurtarás".

Norberto se sintió cada vez peor. A la hora de cenar comió poco porque parecía que la comida lo ahogaba. Cuando para el postre la madre trajo una torta de fresas con crema batida, él había hecho su resolución.

-Mamá, yo no quiero torta de fruta -dijo.

-¿Qué? ¿No quieres nada de fresas con crema? -preguntó la mamá-.

Entonces, ¿por qué trajiste las fresas? Pensé que deseabas comer torta de fruta.

-Deseaba hacerlo, pero no puedo comerla -dijo Norberto pesaroso-. Mamá, tengo que decirte algo.

-Está bien, Norberto -dijo ella.

Después de lavar los platos y arreglar todas las cosas la madre llamó a Norberto y salieron al porche donde se sentaron en la mecedora. La madre puso su brazo alrededor de Norberto.

-Ahora, ¿qué tienes que decirme, hijo?

Entonces Norberto le contó todo lo que había hecho y cuánto lo sentía.

-¿Cómo podré descubrir jamás quién era esa mujer? -preguntó-. Quiero darle una moneda de veinticinco centavos, pero no la conozco.

-Evidentemente el empleado del mercado la conoce pues le recibió el cheque -dijo la mamá-. El no recibiría un cheque de un extraño.

-Ahora el mercado ya cerró, pero, ¿puedo ir mañana tan pronto como se abra? -preguntó Norberto.

-Sí -dijo la madre-, pero antes de eso hay alguien con quien necesitas conversar.

-Lo haré, mamá -dijo Norberto.

En eso el padre salió al porche.

-Hiciste tan buen trabajo rastrillando las hojas del jardín, Norberto, que te daré veinticinco centavos.

-Gracias, papá. Realmente los necesito.

Norberto miró a su madre y ambos sonrieron.

Al día siguiente de mañana, Norberto se apresuró a ir al mercado. Encontró al empleado que lo había atendido.

-¿Podría Ud. decirme quién era la señora que le pagó ayer de tarde con un cheque? Había perdido el cambio y tuvo que hacer un cheque para pagar. ¿Recuerda?

-Sí, recuerdo -dijo el empleado-. Fue la Sra. Gibson.

-¿Sabe Ud. dónde vive?

-No, no sé -respondió el hombre.

-¿Viene ella a menudo al mercado? -preguntó Norberto.

-Sí, cada pocos días. ¿Por qué?

-Porque quiero devolverle su moneda de veinticinco centavos -dijo valientemente Norberto-. Cuando se le cayó al suelo yo la cubrí con el pie. ¿Podría dársela y decirle que lo siento?

-Lo haré con mucho gusto. Se sentirá feliz de saber que eres un muchacho honrado.

-No lo fui entonces, pero ahora lo soy -dijo Norberto.

NSIKANA EL PROFETA PAGANO

Por *Josefina C. Edwards*

HACE muchísimo tiempo, casi 200 años, entre las fértiles colinas de África del Sur vivía un joven alto y musculoso llamado Nsikana Gaba.

Era un joven muy extraño, completamente diferente de los otros jóvenes africanos que lo rodeaban, y a quien los viejos llegaron a considerar con reverencia.

A muchos de los habitantes de la aldea no les importaba robar, con tal de que no se los descubriera. ¡Pero eso no ocurría con Nsikana! El no conocía los Diez Mandamientos y nunca había oído hablar del monte Sinaí ni de Moisés. No obstante, no robaba ni deshonraba a sus padres. - Tampoco le gustaba pelear ni matar. Las guerras tribales lo disgustaban y nunca participaba en ellas.

No le gustaba la compañía ociosa de otros jóvenes de su tribu, y a menudo se recluía en el kraal donde guardaban los animales, para estar solo y meditar. Solía mirar el cielo o las estrellas y sentir la dirección de una Presencia invisible para él.

Los demás jóvenes no podían comprenderlo. Cuando comenzaban conversaciones obscenas, Nsikana los miraba con desagrado y se alejaba. A veces se reían de él, pero generalmente sentían temor y lo observaban extrañados.

El pueblo de Nsikana, los xosas, tiene ciertas costumbres que pueden parecernos extrañas. Nos sonreiríamos si los viéramos bañarse en el profundo río Chume, y luego, una vez limpios, espolvorear sus cuerpos con arcilla blanca. Pensaríamos que se están volviendo a ensuciar. Pero cuando nos damos cuenta de que el talco no se diferencia mucho de la arcilla blanca, no necesitamos sentirnos tan orgullosos de nuestra civilización superior. Entre los xosas, tanto los jóvenes como las señoritas sienten placer de empolvar sus cuerpos con arcilla.

Una cálida noche de luna, Nsikana y los otros jóvenes de la aldea se bañaron y luego se empolvieron con arcilla, y entonces se dirigieron a una aldea cercana donde se realizaría una danza.

Esa era una ocasión de gala, y ningún joven se sentiría mejor vestido con un traje nuevo que esos xosas esa noche de hace mucho, mucho, tiempo.

Reían y cantaban llevando un ritmo perfecto con los pies. El único que caminaba en silencio era Nsikana. Iba escuchando, como siempre lo hacía, a una voz interior e invisible, una voz que deseaba escuchar; y que casi podía oír en sus horas de meditación.

De pronto una luz descendió de los cielos oscuros y bañó a Nsikana en sus rayos, así como la luz que brilló sobre Saulo cuando viajaba a Damasco. El lugar quedó iluminado como si hubiera sido la luz del mediodía. Nsikana se detuvo en medio del círculo brillante, mirando a su alrededor maravillado de lo que le había ocurrido. No se sintió sobrecogido por el temor, como le ocurrió a Saulo, porque no estaba haciendo nada malo; sino que fue inundado por un sentimiento de paz, una paz como nunca antes había



experimentado. Pero aun cuando él se detuvo en ese lugar, lentamente la luz se retiró y desapareció. Nsikana no se movió. Se quedó allí, quieto, en la oscuridad aterciopelada, sobrecogido por un éxtasis de lo maravilloso que acababa de ocurrirle.

Sus compañeros se habían adelantado mucho. Apenas podía ver, allá lejos, por la senda tortuosa, la luz oscilante de la antorcha. Ellos no habían visto la luz ni sentido la maravillosa y profunda paz que Nsikana experimentó.

Ni siquiera habían echado de menos a su amigo.

Nsikana no se sentía atemorizado ni perturbado por ese extraño acontecimiento. Era como si lo hubiera estado esperando. Su corazón sencillo como el de un niño se sintió un poco azorado. Siguió caminado silenciosamente, esperando alguna otra cosa, alguna otra maravilla.

Pronto llegó, solo, a las afueras de la aldea donde se realizaría la gran danza. Ya podía escuchar el ruido rítmico llevado por los pies de los danzarines, y el sonido de los tambores. Las sombras largas de los bailarines saltaban cuando éstos saltaban, como si un grupo de gigantes silenciosos los acompañara. Los cuerpos centelleaban al resplandor de las fogatas, y aquí y allá las ollas de comida anunciaban con sabrosos olores la fiesta que seguiría cuando terminara la danza.

Viejos desdentados, de bocas hundidas, tocaban el tambor alegremente. Niños desnudos que procuraban ansiosamente divertirse, cruzaban aquí y allá. Las mujeres cuidaban de las ollas de alimento como se esperaba que lo hicieran. Los gallos cantaban en los árboles y, ocasionalmente, en medio de la oscuridad, rugía un león. Era una típica noche africana, y las estrellas de la Cruz del Sur se veían como una gigantesca corneta en el cielo.

Los pies descalzos de los bailarines se movían en perfecto ritmo. Grandes círculos de hombres, de cuerpos sudorosos que brillaban a la luz de la luna, danzaban gozosamente y al parecer, incansablemente. Había danzas típicas, con estilos y dibujos especiales. Cuando terminaba un estilo, comenzaba otro; la mayoría de ellos acompañados por cantos misteriosos en los cuales todos participaban. A veces algunas personas hacían preguntas cantando y otros les contestaban cantando. Había un compás perfecto en las monótonas melodías.

La transpiración era abundante, pero los bailarines no parecían sentirse cansados. Se lanzaban a cada nueva danza con entusiasmo renovado. Aun los niños formaban sus pequeños círculos en las orillas imitando los cantos de sus mayores.

En una de las danzas, se formaba un círculo y mientras los participantes imitaban un telar en el cual se entrecruzaban yendo y viniendo, dando pasos hacia adelante y hacia atrás, cantando preguntas y pidiendo respuestas, uno de los hombres saltaba al medio para dar las respuestas cantando. No se designaba a ninguno, pero tan pronto como uno saltaba fuera del círculo, otro pasaba de un salto a ocupar su lugar, cantando las respuestas misteriosas a las monótonas preguntas.

Nsikana se sintió repentinamente poseído por el extraño frenesí. Saltó al centro, y comenzó a danzar y a cantar como los demás.

¡Pero la luz no se lo permitiría hacer! Apenas había comenzado, cuando el extraño resplandor apareció de nuevo, bañándolo en sus rayos suaves, tan gloriosos como si procedieran de las puertas de oro. A los ojos de Nsikana toda la aldea se iluminó repentinamente con una llamarada de gloria. Pero para su asombro ninguna otra persona de la aldea, ni aun ninguno de los bailarines, vieron la luz. Siguieron meciéndose, cantando, danzando como si nada hubiera ocurrido. En ese instante Nsikana se dio cuenta de que el mensaje era del Gran Espíritu, y para él solo. El canto se apagó en sus labios. Abandonó rápidamente el círculo de bailarines, y quedó un momento pensando qué hacer.

El ruido y la confusión de la danza llenaban la aldea. Muchos de los jóvenes ya estaban bebiendo mtwala, la fuerte cerveza nativa que los entorpecía y los hacía hablar.

Nsikana nunca había tocado esa bebida. En sus horas de meditación a solas en el kraal, había llegado a la conclusión de que la bebida fuerte era mala. Para él no podía ser bueno nada que entorpeciera su habilidad de pensar. Nsikana nunca había oído hablar del Espíritu Santo, no obstante ahí en medio del clamor de la aldea ruidosa, sintió la presencia del Espíritu.

"No puedo quedarme aquí -se dijo-. La luz no volverá a este lugar. Debo apartarme y meditar. Hay algo. No sé lo que es, o dónde está, o por qué ha venido a mí. Debo ir donde todo está en silencio, para que pueda aprender más acerca de esto". Ignoraba que estaba repitiendo las palabras de los santos hombres de antaño que escribieron: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios".

Rápidamente Nsikana se alejó a grandes pasos mientras el corazón le latía fuertemente por la expectación. Su deseo ardiente era alejarse del rítmico latido de los tambores, del retemblar de la tierra que se sacudía bajo las veintenas de pies que la batían. Ahora no sentía ningún deseo de ser uno de los frenéticos bailarines, o de ayudar a consumir la enorme cantidad de alimento que se había preparado. Solo, en la oscuridad del matorral, sabía que estaba en peligro. Pero por su mente, generalmente alerta y cautelosa, no pasó el pensamiento del león escondido, el leopardo en acecho o los colmillos de la serpiente enroscada. Recorrió la senda rápida e intrépidamente sin detenerse por el camino. Antes de mucho se encontraba caminando entre las piedras que bordean el lecho del río Gquora. En ese lugar el agua no era profunda, y él conocía el camino. Caminaba cuidadosamente, porque las piedras eran filosas como puntas de lanzas. - Pero así como el agua fluía fresca sobre sus pies polvorientos, la luz fluyó de nuevo cubriéndolo y rodeándolo, brillante, radiante y hermosa. Instantáneamente detuvo su marcha, sin ningún sentimiento de temor, pero con todo su ser alerta y dispuesto a escuchar. Sentía su corazón agitado por un gozo que nunca antes había experimentado.

-¡Nsikana! ¡Nsikana! -lo llamó de en medio de la luz una Voz más hermosa que el arco iris. El joven africano nunca había escuchado algo tan dulce en toda su vida.

-Estoy aquí, Gran Espíritu -respondió, temblando de ansia-. ¿Qué quiere el Gran Espíritu de este pobre hijo xosa?

La Voz volvió de nuevo, melodiosa y dulce, tan emocionante que el joven sintió como un hormigueo en su misma carne. El invisible Interlocutor le ordenó que descendiera al agua profunda del río y se lavara la arcilla endurecida de su cuerpo. El joven lo hizo tan ansiosamente como el que espera otro don más precioso que el primero.

Mientras se bañaba, la luz se esfumó, pero Nsikana no se sintió triste. Había sido obediente a la Voz y hasta la oscuridad que se cerró suavemente en derredor suyo tenía en sí dulzura y seguridad. Se detuvo a lavar cuidadosamente su frazada, porque algo de la arcilla la había manchado. Luego la colgó húmeda en sus fuertes hombros y se fue rumbo a su aldea.

Campanillas de gozo resonaban en su corazón. La luz había hablado. ¡ El Ser empapado de luz lo conocía por nombre! ¡Lo había llamado Nsikana!

Los borrosos perfiles de las chozas de su aldea se levantaron delante de él. Todo estaba en silencio. Habían quedado sólo los muy ancianos, los débiles y los enfermos, y ellos hacía tiempo que se habían retirado a dormir en sus chozas redondas techadas de paja.

Nsikana se detuvo en el sendero, extasiado. ¡La luz! ¡La luz! ¡Había descendido de nuevo, rodeando su choza y su redil! Veía claramente su gran buey blanco allí parado, rumiando plácidamente en medio de un res-

resplandor más brillante que la luz del mediodía.

"¡Gran Espíritu! ¡Gran Espíritu!" susurró, su voz quebrada por el gozo y la admiración. Atraído por una fuerza poderosa, Nsikana se fue acercando callada y reverentemente.

Mientras los demás estaban danzando o durmiendo, Nsikana encontró al Jesús del camino a Damasco. Encontró al Gran Yo Soy de la zarza ardiendo y la columna de nube y fuego.

Esa noche la Voz le habló de muchas cosas, y las palabras de consejo se hundieron profundamente en su corazón. Eso no era algo tan raro porque "en toda nación el Señor se agrada del que le teme y hace justicia".

Hasta el día de hoy el pueblo nativo camina con reverencia por el lugar donde solía estar el kraal de Nsikana. Es tierra santa, y el pueblo lo sabe, porque el gran Dios habló allí a Nsikana, el profeta del pueblo xosa. Nsikana se arrodilló y así quedó durante mucho tiempo bañado en la luz, escuchando. No sintió cansancio, porque la Voz parecía impartirle fortaleza.

Pero repentinamente la luz desapareció, y el deslumbrado joven se encaminó a su choza, extendió su estera de dormir, y se acostó. Aunque una inmensa paz inundaba su corazón, no podía dormir, porque las cosas maravillosas que sus ojos habían visto y sus oídos habían escuchado le robaban el sueño de sus ojos.

Los bailarines no habían regresado. Consideró el consejo que había recibido. La hermosa voz le había ordenado que fuera a la mañana para hablar con el gran jefe de todos los xosas.

Al día siguiente sus compañeros le hicieron una descripción vívida de los placeres que habían disfrutado y que él había perdido. Le reprocharon por haberlos abandonado cuando comenzaban a divertirse.

Bromearon con él llamándolo mtebe, que significa "viejo".

Pero a él no le importó lo que lo llamaban. Sin decir una palabra se dirigió al kraal (casa) del gran jefe. -Allí toda la conversación giraba en torno a los grandes acontecimientos de la noche anterior, pero la mente de Nsikana estaba demasiado llena de cosas más importantes como para prestar atención a éstas, tan triviales.

El jefe estaba dando audiencia en su kraal. Se hallaba rodeado de sus hombres favoritos, sus esposas y sus perros. Grandes pieles de leopardo cubrían el suelo de tierra. Nsikana se sentó para esperar. Cuando se le indicó que explicara el propósito de su venida, se puso de pie con toda sobriedad.

"Tengo un mensaje para el jefe, procedente del Gran Espíritu de los cielos que mora en la luz", respondió tranquilamente. La respuesta era tan extraña que todos los ojos se volvieron hacia él. El jefe le pidió que continuara, animados sus viejos ojos sombríos por un flameante interés. Nunca antes había ocurrido algo semejante en su kraal, ni en el de ningún otro rey que hubiera conocido.

En pocas y bien escogidas palabras Nsikana informó a su padre tribal todo lo que había ocurrido la noche anterior. Su voz se tomó más y más grave hasta que se volvió vibrante con la importancia de su mensaje. El jefe se inclinó hacia delante, y colocó su mano detrás de la oreja para formar una pantalla con el fin de no perder una sola palabra. La voz de Nsikana continuó hablando en medio del profundo silencio que reinaba en la choza. Le habló al jefe de la extraña Voz que le había hablado en medio de la luz y que lo había llamado por su nombre.

"La Voz dijo: 'Tengo muchas cosas que revelarte, Nsikana, para la salvación de tu pueblo'. La Voz me dijo que vendría a este país una extraña raza de hombres, con la carne del color de un ave desplumada. Tendrían cabello en la cabeza y en la cara, pero no como el que nosotros tenemos; será largo, y lacio". El viejo jefe estaba atónito y sacudía la cabeza. Cada una de las personas presentes escuchaba atentamente.

"Será gente inteligente y fuerte, y conocerán muchos secretos y cosas maravillosas de las cuales la gente de la aldea jamás ha oído, y ni siquiera ha soñado. Esa raza extraña sabrá cómo viajar más rápido que el leopardo o el cheetah (guepardo), en un extraño carro de fuego".

Nsikana señaló dramáticamente hacia la abertura de las montañas de Ntaba Dsika Ndotá.

"En el sueño que la Voz me dio, vi el carro de fuego, largo y fiero y terrible, que venía por un corte en esas montañas. Pero eso no ocurriría en nuestros días. Esos hombres vendrán después de que nosotros hayamos caído, viejos y cansados, y hayamos sido cubiertos por la buena madre tierra. Entonces, lo que os he contado ocurrirá. Pero debemos advertir y preparar a nuestros hijos para las cosas grandes y terribles que verán y oirán después de que nosotros hayamos depuesto nuestras cargas".

Ninguno de los que estaban en el kraal se dio cuenta del paso del tiempo. Nadie quería que Nsikana dejara de hablar, tanto era lo que había acumulado en esa entrevista empapada de luz, sostenida con el Señor. 'Todos querían oír más y más.

Nsikana les dijo que esa raza de hombres traería al país dos cosas que cambiarían la vida de la gente. En primer lugar, traería una extraña calabaza, llena de la bebida de iniquidad. "Nuestro mowa y mtwala son malos, y trastornan la mente y el pensamiento de los hombres, pero ésa será mucho peor. Debemos enseñar a nuestros hijos, y a los hijos de nuestros hijos a no tocarla ni probarla nunca, porque hay una maldición sobre ella. Si la beben, les sobrevendrá tristeza, miseria, enfermedad, pobreza y muerte tan prestamente como un león ataca a una cebrá".

La siguiente advertencia era casi imposible de entender, porque Nsikana no tenía forma de explicar lo que era. Pero hizo lo mejor que pudo.

"Traerán consigo extrañas cosas redondas de muchos tamaños, hechas de oro y plata. Serán como los botones

que a veces hacemos para abrochar nuestra ropa, pero no tendrán agujeros, y no se usarán para decorar o para los vestidos. Se usarán para negociar y permutar, así como ahora un hombre cambia un cerdo por una cabra. Ellos llevarán consigo esos botones en bolsas de piel, y les tendrán mucho amor. Por causa de esos botones algunos hombres de esa raza no vacilarán en defraudar, mentir y matar. Le enseñarán a nuestro pueblo la importancia de los botones de manera que ellos también comenzarán a amarlos y harán cuanto esté a su alcance para reunir tantos como puedan. Pero esa devoción a los botones sin agujeros arruinará a nuestra gente. Irán a cualquier parte para adquirirlos y la nación se dispersará. Nadie podrá reunir jamás las tribus de nuevo

Tan agobiado se sintió Nsikana por lo que había visto que se cubrió el rostro con sus manos y su pecho se sintió ahogado por los sollozos. Luego continuó.

"Los padres no verán los sepulcros de sus hijos. Morirán en un país lejano. Ni los hijos cuidarán de los mayores cuando estén débiles, enfermos y en dificultad"

En ese momento Nsikana pidió un recipiente con agua. Cuando un siervo lo trajo, derramó el agua en el suelo frente al jefe. La tierra seca rápidamente la absorbió.

-Junta esa agua de nuevo -le dijo Nsikana al siervo, pasándole el recipiente. El hombre cayó de rodillas y tembló, sacudiendo la cabeza.

-¡Eso es imposible! -exclamó el jefe-. El agua derramada nunca se puede recoger, tú lo sabes.

-Ni tampoco podrá reunirse de nuevo el pueblo xosa después que haya sido esparcido por la calabaza y los botones -replicó tranquilamente Nsikana.

Quedó luego allí de pie, en silencio, pintado en su rostro el gran dolor que había experimentado en su corazón. Entonces un destello de gozo cruzó por su semblante. Dando un paso hacia el jefe dijo:

"¡Pero hay un camino de salida, vienen buenas nuevas!" En su voz parecían repicar alegres campanas.

"No todos los hombres que vendrán serán malos y crueles con nuestro pueblo. Vendrán hombres buenos que nos ayudarán, que sanarán nuestras enfermedades y nos enseñarán a vivir mejor. Podremos diferenciarlos de los otros porque traerán con ellos advertencias contra los botones y la calabaza.

Principalmente, no obstante, traerán consigo amqulu, un rollo. La Voz me dijo que en el amqulu habrá marcas que hablarán palabras de vida. Yo no sé cómo pueden hablar las marcas, pero la Voz dijo que nuestros hijos entenderían eso.

"Si escuchamos las palabras que el amqulu hable, y las obedecemos y amamos en nuestras vidas y en nuestros corazones, los botones y la calabaza nunca quebrantarán la unidad de nuestra nación.

Nuestras familias serán bendecidas y establecidas por las palabras del Gran Espíritu en las marcas del amqulu".

Nsikana Gaba se inclinó cortésmente y se dio vuelta para irse. El jefe y su familia se pusieron de pie para despedirse de él cuando partió. Entonces todos los presentes empezaron a expresar su asombro. ¿Creía el jefe esas extrañas palabras? ¿Qué podía hacerse? ¿Era inminente ese peligro?

El viejo jefe reflexionó durante unos momentos.

"Debemos hacer como Nsikana nos ha dicho -dijo deliberadamente-. Nuestros hijos deben ser enseñados. Entonces cuando venga el mal, se suavizará el golpe".

Debido al consejo del jefe y porque la vida del joven era intachable, a Nsikana Gaba se lo consideró como un vidente o un profeta, y la gente escuchaba lo que él decía.

Así fue como en los años subsiguientes, la luz vino muchas veces a él mientras estaba sentado meditando o cuando se arrodillaba para hablar al Gran Espíritu.

Sobre una suave ondulación del terreno cerca de su antigua aldea todavía se levanta lo que se llama "la campana de Nsikana". La gente cree que Dios formó esa campana para su profeta, porque es la campana más extraña del mundo. Una gran sección cóncava se ha separado del costado de una piedra gigantesca. Está suspendida de tal manera que cuando se la toca con una piedra emite un sonido retumbante que se oye en todos los alrededores.

A los viejos le gusta repetir las historias que sus padres y sus abuelos les contaron de lo que hizo ese gran hombre. Se dice que cuando la gente oía la campana, dejaba lo que estuviera haciendo y corría al kraal de Nsikana. El toque de esa campana era una señal de que había visto otra visión. Se consideraban un pueblo favorecido por Dios. La gente escuchaba asombrada al profeta.

Nsikana, que nunca había visto a un hombre blanco, que no sabía leer, que nunca había visto un libro, excepto en las visiones, predicó el Evangelio.

Habló a la gente acerca de la creación del mundo. Habló de Cristo, quien sufrió la muerte por los hombres de todo el mundo. Describió la santa ciudad, la nueva Jerusalén, la cual vio en la misma forma en que la vio el vidente de Patmos. Habló de la tierra nueva y de la vida mejor, donde no se conocerían la muerte, la tristeza y el sufrimiento.

Nsikana le enseñó a su pueblo un canto. Lo cantaba tan a menudo que los hombres y las mujeres y aun los niños conocían las palabras y la melodía de memoria. Es un canto delicioso, lleno de los graciosos click-clicks del lenguaje xosa que los extranjeros no pueden pronunciar. Es un canto extraño, que tiene una melodía monótona y misteriosa, y como fondo un obligado de bajo que suena como un zumbido.

Cuando llegó la escritura a la tribu, los hombres escribieron las palabras y la música de Nsikana, para

que nunca se las olvidara. Un amigo mío me las tradujo:

"Tú, gran Dios del cielo,
Tú eres un escudo de verdad,
Tú eres un verdadero refugio,
Tú eres un abrigo de verdad,
Tú eres el que moras en lo alto.
Tú que creaste vida, creaste los cielos.
El Hacedor de las estrellas y las constelaciones
Y las estrellas fugaces, nos habla.
El Hacedor de la oscuridad la hizo adrede.
La trompeta sonó llamándonos.
El que da testimonio para buscar almas,
El que recoge, recoge el rebaño Y nos guía.
Tú eres un gran vestido que usamos. Tus manos tienen heridas, Tus pies tienen heridas... ¿Por quién fue derramada tu sangre? ¿Te pedimos que pagaras ese precio tan grande?
¿Te pedimos por tu ciudad?"

La gente todavía habla acerca de Nsikana Gaba, el profeta del pueblo xosa. ¡Porque cuán verdaderas han resultado sus profecías! La calabaza del traficante blanco fue la perdición de muchos en la tribu. Por mala que fuera la cerveza nativa, el whisky del hombre blanco era mucho peor.

Luego, cuando se descubrió el oro en el Transvaal, y se encontraron diamantes en Kimberley, llegaron hombres ofreciendo "botones sin agujeros" a los jóvenes xosa, para contratarlos con el fin de que fueran a las minas y trabajaran por esos pedazos de oro y plata los cuales podían trocar por muchas cosas. Los viejos lloraban al ver ir a los jóvenes, porque recordaban la profecía del profeta. Muchos de ellos nunca regresaron, y nadie supo si estaban muertos o vivos.

Existe una leyenda según la cual el día en que el viejo profeta murió llamó a los jóvenes y les dijo dónde y cómo debían cavar su tumba. Con paso tembloroso, bajó a su propio sepulcro y allí expiró, mientras la gente rodeaba la tumba, llorando.

Quizás algún día puedas visitar ese hermoso país donde Nsikana vivió. Tal vez puedas comprar un boleto para el carro de fuego. Este te conducirá por la abertura en las montañas que Nsikana señaló. Te dejará bastante cerca de la aldea de Nsikana de manera que el viaje desde la estación no te resultará demasiado cansador. Allí los aldeanos te mostrarán con orgullo la tumba del profeta y su enorme campana.

¡Y lo mejor de todo es que verás los resultados del amor! Verás iglesias que los misioneros ayudaron a construir, en las cuales se enseña a la gente a cuidarse de la calabaza y del amor a los botones sin agujeros.

¿Cómo puede la gente dudar de Nsikana fue un verdadero profeta cuando ahora se les está enseñando a seguir la misma luz de la cual él habló hace más de 150 años? Indudablemente fue el Señor del camino a Damasco quien le habló, porque alguien que también se comunicó con los ángeles y con el mismo Señor, dijo:

"Aun entre los paganos, hay quienes han abrigado el espíritu de bondad. . -Entre los paganos hay quienes adoran a Dios ignorantemente. - - Oyeron su voz hablarles en la naturaleza e hicieron las cosas que la ley requería. Sus obras son evidencia de que el Espíritu de Dios tocó su corazón, y son reconocidos como hijos de Dios" El Deseado de todas las gentes, pág. 593.

Será algo glorioso ver a Nsikana en la multitud de los que entren por las puertas de la ciudad.

NUEVOS AMIGOS

Por **Carola Lee**

La MADRE anta corría por el bosque de pinos con la cabeza baja, las orejas gachas y los flancos palpitantes. Su hijito procuraba seguirla, dando largos saltos. En otras oportunidades había seguido a su madre, pero nunca se le había requerido que corriera de esa manera. Estaba jadeando y le dolían las patas.

Es que esa mañana la brisa le había llevado a la madre el terrible olor de los lobos del bosque. Se dio cuenta de que la perseguían. De modo que urgió al pequeñuelo a seguirla, y echó a correr.

La antita la seguía pero no vio que estaban aproximándose a una cerca. De pronto la madre pareció volar por el aire y saltó la cerca, pero ella no pudo seguirla, porque la cerca era demasiado alta para ella.

La antita cayó al suelo y sus pezuñas afiladas dejaron grandes marcas en la tierra blanda. Debido a la velocidad que traía fue a dar debajo del palo inferior de la cerca, entre un matorral que se cerró sobre ella, protegiéndola como un escudo.

La antita quedó quieta entre el matorral. Estaba jadeante. Unos instantes después una sombra cruzó sobre ella. Era el gran lobo gris que actuaba de guía, y que saltaba la cerca. Lo siguió otro, y otro.

Mucho después de que los lobos dejaron de seguirla, la anta madre seguía corriendo por entre la maleza, lo cual hizo que quedara separada de su hijo por muchos kilómetros de distancia.

Ahora la antita estaba sola. No sabía lo que había ocurrido, pero comprendió que debía quedar tan quieta como pudiera, y esperar. Los latidos de su corazón se aquietaron y dejó de jaderar. Como estaba acostumbrada a ser dejada sola en lugares ocultos por largos períodos de tiempo, el animalito se tranquilizó. La madre volvería a buscarla. Y mientras el sol seguía recorriendo su camino, se quedó dormida entre la maleza. Cuando se despertó, su madre aún no había regresado. Tenía hambre.

En eso escuchó el ruido de cascos que hollaban el sendero que pasaba junto a la cerca. Pero no se trataba de su madre. Eran dos caballos. Los montaban dos muchachos.

"¡Aaaanj!" baló la antita.

Los muchachos detuvieron sus caballos y escucharon.

__¿Qué fue eso? -preguntó Roberto, el muchacho que iba adelante.

-No oí nada.

- ¡Escucha! -insistió Roberto volviendo la cabeza-. Ahí está otra vez.

Proveniente de la cerca se oyó de nuevo el sonido: "¡Aaaanj! ¡Aaaanj! ¡Aaaanj!"

-Parece un cuervo hambriento. ¿Habrá algún nido entre aquellos mimbres? Veamos.

Gualterio dio vuelta con su caballo y se dirigió al mimbreral. Roberto lo siguió y cuando llegaron allí vieron que algo se movía al otro lado de la cerca.

¡Un animal! -exclamó Gualterio-. ¿Es un ciervo?

-;No! -gritó Roberto. ¡Es un... es una antita!

El hambre del animalito iba en aumento, y cuando la madre no apareció su instinto de quedar quieto fue reemplazado por el instinto más fuerte de encontrar alimento. Al principio balaba muy suavemente, pero luego fue subiendo de tono. Cuando los muchachos se acercaron, levantó la cabeza y comenzó a olfatear. Movía las orejas continuamente. Luego se agazapó en un rincón.

-¿Dónde estará la madre? -comentó Roberto mirando a su alrededor ansiosamente.

-Parece que lo hubiera abandonado -razonó Gualterio-. Mira esas marcas. Debe haberse resbalado debajo de la cerca y no ha podido levantarse.

- ¡Pobrecito, está hambriento! Por eso grita. Vayamos a casa a traerle leche -sugirió Roberto.

-Claro, podemos traer el biberón que usamos para alimentar al corderito huérfano.

Y los muchachos montaron a caballo y salieron a la carrera para la casa.



Poco tiempo después regresaron con el biberón de leche tibia. Roberto rodeó con su brazo el cuello del anta y acarició las orejas largas y aterciopeladas del animalito. Gualterio le introdujo la tetilla del biberón entre los labios, levantando el biberón para que la leche fluyera. El animalito espurreaba, se atragantaba, estornudaba y procuraba zafarse de los muchachos, pero éstos seguían probando. Finalmente un poco de leche caliente se le escurrió en la boca y a los pocos instantes la antita estaba chupando la tetilla y casi no se detuvo hasta que consumió la última gota.

-Por ahora es suficiente, amiguito -dijo Roberto acariciándole el hocico-. Tu madre volverá mañana. Al día siguiente la madre aún no había regresado. Los muchachos encontraron al animalito en el mismo lugar, balando de hambre. Cuando trajeron el biberón, comió ansiosamente.

-Yo no creo que su madre volverá a buscarlo. Llémosla a casa -dijo Roberto, e inclinándose sobre la antita le acarició las orejas y el hocico-. Llamémosla Flip.

Flip meneó su colita corta y buscó el biberón.

Los muchachos abrieron un pedazo de la cerca para que la anta pudiera pasar. La animaron a que los siguiera y ella los siguió. Pero se detuvieron varias veces para observarla y se rieron de sus orejas largas, la giba que tenía en la nariz y las patas, que eran más grandes que el cuerpo.

Cuando llegaron a la casa de campo donde vivían, los dos perros pastores que tenían corrieron a recibirlos ladrando muy excitados. Flip se hizo a un lado, atemorizada, pero Roberto la tomó y la sostuvo.

-Y Uds. dos, quédense tranquilos -reprendió Gualterio a los cachorros-. Vengan acá y saluden como se debe.

Roberto sostuvo la anta, y Gualterio tomó los cachorros, y poco a poco la anta y los dos cachorros tuvieron la oportunidad de olerse mutuamente. Los tres se hicieron amigos y comenzaron a jugar en el patio.

Habiendo tomado leche hasta quedar completamente satisfecha, Flip buscó un rincón bien soleado y se acostó para hacer una siesta, doblando las patas debajo de su cuerpo. Los cachorros se acercaron corriendo y se acostaron a su lado hechos un ovillo. Flip olfateó los cachorros y tocó la nariz de cada uno como para expresar que era muy bueno tener nuevos amigos.

NUNCA OLVIDARÉ

Un señor dijo una vez: "Nunca olvidaré un incidente de mi niñez mediante el cual aprendí a ser cuidadoso y a no herir los sentimientos de los infortunados. Una tarde un grupo de niños de mi escuela Y yo estábamos jugando a la orilla del camino cuando llegó el ómnibus Y los pasajeros empezaron a bajar. Como de costumbre, empezamos a mirarlos. Entre todos, había un caballero anciano, con un bastón, que bajó con mucha dificultad Y que al caminar movía el cuerpo de la manera más curiosa. Sus pies se movían para un lado, sus rodillas para otro Y cada miembro de su cuerpo parecía independiente uno del otro.

- "Sin pensar, grité, '¡miren a ese viejo, huesos de matraca!'

Nunca olvidaré la expresión de dolor del rostro de aquel anciano al mirarme. Justamente, para mi sorpresa, mi padre apareció en la esquina e inmediatamente se dirigió al extraño, le saludó cariñosamente y le ayudó a caminar hacia nuestra casa, que estaba a corta distancia.

No pude seguir jugando esa tarde y, cuando llegó la hora de la merienda, de buena gana me hubiera escondido; pero sabía que esto sería en vano, así temblorosamente me dirigí a la sala. Para gran consuelo, el extraño no me reconoció, pero dijo a mi padre, mientras me presentaba, - 'un niño tan bueno verdaderamente merecía ser salvo'.

"¡Estas palabras llegaron a mi corazón! Mi padre me había repetido frecuentemente la historia de un amigo que se tiró al río para salvarme mientras me estaba ahogando, cuando era pequeño, Y quien, a consecuencia del frío recibido en esa ocasión, había quedado inválido, y ¡ése era el hombre de quien yo me había burlado y había hecho que mis amigos se rieran de él!

"Yo les digo, niños, que daría cualquier cosa para borrar de mi mente ese recuerdo. Si alguna vez ustedes son tentados como yo lo fui, recuerden que además de no obtener beneficio alguno por jugar con los sentimientos de otros, se puede estar sembrando lo que dolorosamente se recogerá más tarde, cuyo recuerdo siempre les acompañará mientras vivan".

¿Han pensado ustedes que algunas veces su conducta ha sido como ésta? ¿Han actuado de esa manera con Aquel que murió por ustedes a pesar de ser ustedes los pecadores? ¿Quién salvó la vida de la humanidad dando la suya? A pesar de que nunca ustedes le hayan ridiculizado, ¿no han despreciado su sacrificio y lo han considerado sin valor, ya que ni siquiera lo aceptan y prefieren gozar del pecado por un momento?

Si así es, decídanse por Dios ahora. No lo pospongan un día más, pues puede ser demasiado tarde y entonces clamarán y se arrepentirán de no haber hecho su decisión antes.